

CAPITULO VIII.

MATRIMONIO POR AMOR.

A ocho leguas de Madrid, y una escasa de Chinchon, cabeza de partido judicial y tres del real sitio de Aranjuez, se halla situada una rica y hermosa villa llamada Colmenar de Oreja, tributaria en lo antiguo de la gran Aureliae de los Romanos, de cuya importante ciudad solo existe en la márgen del Tajo el torreón del castillo de Oreja, nido de águilas, y recuerdo perpétuo de su anterior grandeza.

La poblacion de Colmenar construida en una estensa llanura, es rica por sus vinos y fértil vega que produce riquísimos frutos, dando á los habitantes del pais trabajo y prosperidad. Hay tambien varias industrias y comercio de diferentes clases, y si no existen grandes caudales hay muchos propietarios, pues cuenta unos 1,200 vecinos; pero está la riqueza territorial tan bien repartida, que de ellos 1000 son contribuyentes.

Son industriosos y trabajadores; trabajos del campo en lo general, agricultores, gana-

deros y alfareros. La construcción de tinajas está desarrollada en grande escala y es uno de sus elementos de riqueza.

De lo que se ocupan poco ó casi nada, es de la vida intelectual; las bellas letras y las carreras literarias no se hallan muy estendidas en la próspera villa, sin que por esto deje de haber personas de buen sentido y de un instinto práctico tan completo que se arreglan perfectamente sus negocios inferiores de localidad, y marcharian mucho mejor si estuvieran exentos de rivalidades, propias de los pueblos pequeños, en que todos se consideran á la misma altura y les duele conceder la supremacia á los que sin méritos para ello pretenden sobreponerse.

Esta es casi siempre la causa de las querellas de la localidad.

Don Juan, el esposo de Aurora y padre de Serafin, habia nacido en esta villa, por lo que nos hemos detenido á dar algunas ligeras noticias de ella. Era hijo de una de las mejores familias de la misma, y separándose de la costumbre lamentable en los propietarios del pueblo, que concretándose á *ser señoritos de lugar*, no se dedican á estudio ninguno, don Juan, con el beneplácito de

sus padres, hizo en Madrid su carrera de leyes con notable aprovechamiento, querido de sus maestros y condiscípulos. Comprendió que en su carrera debía fundar su porvenir, toda vez que siendo seis hermanos y escasos los bienes de fortuna de sus padres, en estos no podía confiar para su bienestar ulterior. Ante aquella idea y en la de seguir la administracion de justicia, hizo prodigios de aplicacion y de talento hasta verla terminada satisfactoriamente, siguiendo despues con el mayor lucimiento todos los trámites, hasta ser en la magistratura una persona de mérito muy superior, y un perfecto caballero, excelente esposo y padre amantísimo de familia.

Mucho contribuye para la felicidad de los matrimonios el encontrar su media naranja, como suele decirse, y don Juan la encontró en Aurora, que era una criatura admirable y de la cual se enamoró perdidamente, cuando apenas la encantadora niña contaba trece años, y era una madrileña llena de talento y dotada de todas las perfecciones físicas y morales, que son necesarias para cautivar la atencion de las gentes y hacerse adorar de su marido.

Aurora, en su corta edad, era la que cui-

daba del arreglo de la casa como pudiera hacerlo la mejor ama de gobierno ó madre de familia, circunstancia que hacia resaltar mas y mas su valer, siendo este uno de los dotes que conservó toda su vida, porque lo que en la niñez se aprende, queda muy grabado en el alma, influyendo en el carácter de la persona.

Aurora asistió acompañada de su hermano mayor á la boda de un amigo, en la cual conoció al jóven estudiante de Colmenar, que era el encargado de organizar la fiesta, de la cual debia salir la felicidad de toda su vida. Conocedor por sus condiciones de hombre de carrera de lo que son y lo que valen las hijas de Madrid, por su modo de ser especial que no se parecen á ningunas otras, no pudo evitar la fuerte impresion que la causó Aurora desde el momento en que invitándola á bailar, conoció todos sus encantos. Allí empezaron sus relaciones que terminaron en la iglesia de San Martin de Madrid, cinco años despues, teniendo entonces Aurora 18 y Juan 25. Este no quiso efectuar su enlace hasta que terminada su carrera, consiguió un destino de tres ó cuatro mil reales; entonces se apresuró á unir su suerte con la que ama-

ba sincera y apasionadamente hacia tanto tiempo.

Sus bienes de fortuna eran escasos, porque la herencia paterna de don Juan dividida entre seis hermanos, no alcanzaba á sufragar sus modestas necesidades; pero se adoraban, y donde existe el verdadero, el purísimo amor que todo lo llena, labra él solo la felicidad de los corazones. Es el calor que vivifica y eleva el alma, y como nunca se enfrió el de don Juan y Aurora, pues veinticinco años después de casados se amaban de la misma manera que el primer día, hé aquí por que su dicha era inalterable y marchaban siempre de acuerdo, sin mas miras que crearse una pequeña fortuna y educar á sus hijos convenientemente.

Pocas veces se hacen los matrimonios por inclinacion y verdadera simpatía; se toma por amor multitud de pequeños afectos que se desvanecen con la posesion, y en particular los hombres juzgan una cosa fútil esa ternura á que acostumbran á la esposa en los primeros dias de la luna de miel, enfriándose luego pronto en ellos la pasion, que encendida en el pecho de la mujer, forma época en su vida, sin que pueda jamás arrancar el re-

cuerdo de las vivas emociones que ha experimentado con aquella dicha, por desgracia tan fugaz; porque el hombre se cansa del idilio amoroso, y se lanza al mundo en busca de distracciones, desvaneciéndose aquella especie de sueño, aquel encanto magnético que se rompe con la primera decepción. Y es tanto más sensible esta falta para la mujer, cuanto que al ver sancionado aquel cariño por la iglesia, se figura que con vínculos tan indisolubles, no puede faltarle el amor del esposo. También ellos lo creen así, pero en distinto sentido; se figuran que por que el lazo es eterno por las leyes, ya la mujer es su esclava, más bien que su compañera. Y están en un error: la Iglesia no puede alar los lazos del corazón; esta es una cuestión moral y si el hombre con su conducta indiferente y ligera los deja aflojar hasta que se sueltan ó se rompen, es ya muy difícil reanudarlos. Los cuerpos continuarán unidos porque la ley así lo dispone en nuestra España actual, pero el cariño que es esencia se evapora y ya no caminan á un mismo fin; las voluntades se individualizan, cada cual sigue independiente su camino, creándose afecciones y goces extraños, pues el corazón no puede vivir sin

ellos, ó llorando la felicidad perdida la pobre esposa solitaria, con la que habia soñado toda su juventud.

En don Juan y Aurora, sucedió todo lo contrario de lo arriba expuesto; se amaron siempre, cosa rara en el dia, y se bastaron á sí mismos; en su mútua ternura hallaban todos los goces de la vida y Juan no podia vivir un momento sin Aurora y Aurora no pasaba un solo dia sin su amado Juan. Cuando tuvieron hijos ese fué el complemento de su dicha; ¿para qué necesitaban los goces ficticios de la sociedad, si los tenian tan gratos dentro de su hogar? El que halla la dicha en sí mismo, no tiene que buscarla fuera.

De este modo don Juan hizo su mundo de Aurora; á su lado pasaba todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de funcionario público, sin cansarse nunca de su compañía, y Aurora viendo indefinible su luna de miel cifró en su marido todos sus goces, dedicándose ambos con afan á crearse para el porvenir una gruta encantadora y deliciosa, donde terminar sus dias cantando siempre el idilio de sus amores.

Ya que hemos presentado á nuestro feliz

matrimonio bajo su aspecto moral, le veremos bajo el financiero.

Ambos eran económicos y arreglados, por que no tenían esas necesidades de lujo y de ostentacion que son la ruina de las familias; al unirse, solo contaban con un sueldo modesto y un premio de la lotería, bastante regular, con que fué agraciado don Juan, lo cual les colocó en mejor situacion; pero siempre atentos á mirar al mañana, decidieron con aquella base crear una caja de ahorros, uniendo su pequeña fortuna á los bienes heredados de sus respectivos padres, vendidos al efecto con aquel propósito, y con el de tener un rincon como suele decirse para la vejez.

Juan habia heredado de sus padres una pequeña huerta llamada *Poza del Moral*, á un kilómetro de la expresada villa de Colmenar, donde no se veian en su derredor árboles ni plantas de ningun género, solo tierra blanca, terrenos incultos y piedras por todas partes. Estaba situada en un valle circundado de altas montañas, en el cual corrian con prodigiosa abundancia las cristalinas y ricas aguas de un hermoso manantial, que nadie aprovechaba para riego de los terrenos incultos del

valle; don Juan tuvo tambien la satisfaccion de aprovechar sus economías, empleándolas en la adquisicion de la casa solariega de sus mayores, y reuniendo algunos otros terrenos, constituyeron su caja de ahorros prácticamente, proponiéndose ir aumentando y mejorando su hacienda, hasta formar en la *Poza del Moral* una finca no solo de recreo, sino de utilidad, invirtiendo en ella todos los ahorros que pudieran hacer, economizando gastos de teatros, lujos indebidos y de ostentacion, que debe siempre evitar todo matrimonio que no cuenta con una fortuna regular.

De este modo formaron su deliciosa casita en la *Poza del Moral*, que mas bien debiera llamarse el *Nido de amor*, porque verdaderamente al amor indefinido de dos corazones se debe la conversion de aquel sitio árido é inculto en un hermoso vergel, espléndido y admirable que sorprende al viajero, y es objeto del encanto y satisfaccion del pueblo, pues no hay otro sitio semejante en los alrededores de la villa.

Veinte años ha tardado el feliz matrimonio en ver realizado su proyecto, y hoy el que pasa por allí y recuerda lo que antes era, no

puede menos de asombrarse encantado al contemplar un sitio tan pintoresco y delicioso, pues en vez del terreno inculto y árido, pedregoso en demasía de sus primitivos tiempos, encuentra calles de frondosos árboles de sombra, paseos, caminos y sendas de rosales y flores. Bóvedas de verdura, emparra-dos de diversas clases de uva; frutales de todas épocas, que dan utilidad de junio á diciembre.

El centro de la finca está dividido en caprichosos cuarteles de hortalizas y legumbres, y los terrenos y montañas que rodean el valle por uno y otro lado se ven plantadas de viñedos y olivos en considerable estension. A todo que agregar hermosos jardines y preciosas esto hay fuentes con juegos de aguas, estanques con peces de colores y dos casas una para los dueños y otra para el hortelano, todo lo que ligeramente da una idea de aquel hermoso vergel, donde Aurora y Juan depositaron el fruto de su trabajo y de su economía, haciendo es verdad muchos gastos; pero todos reproductivos para recoger el fruto en su dia.

Los habitantes de Colmenar profesaban á esta familia tan virtuosa y tan buena el mas cariñoso afecto, porque practicaban el bien

procurando ser útiles á unos y á otros, permaneciendo extraños á las cuestiones de localidad, y empleando mucha gente pobre en el cultivo de su finca, y en las construcciones que siempre tienen en planta.

Al trasladarse Aurora á Colmenar desde Madrid, antes de ir á reunirse en Valencia con don Juan, fué con objeto de dejar dispuestas todas las obras que debian hacerse en la casa y las nuevas plantaciones de árboles y frondosos paseos de rosales con que embellecer mas y mas su deliciosa morada.

La preciosa Laura corria tras las mariposas y escuchaba estasiada el cántico de los millares de pájaros que pululaban en aquella soledad, no pudiendo imaginar su amorosa madre, que no volveria á recorrer aquellas alamedas su encantadora hija, que debia dormir el sueño eterno en las orillas del Turia.

CAPÍTULO IX.

NUEVAS BORRASCAS.

Volvamos á Madrid, en compañía de la bellísima Aurora y de su angelical hija Laura, que dejaron con pena su sosegado asilo, para montar en la diligencia que salia de Colmenar á las cuatro de la mañana.

Era la tal diligencia un desvencijado y viejísimo ómnibus que habia gastado sus mejores años en Madrid haciendo carreras desde la puerta del Sol á la plaza de toros.

Frascuelo, el torero, querido del pueblo de Madrid, á quien Chinchon adora, adquirió este y otros varios carruajes del deshecho, y estableció la diligencia diaria á Chinchon y á Colmenar de Oreja.

Chinchon está á un paseo de Colmenar, es una grande poblacion, estensa, con muchas y muy ricas familias, que si se propusieran vivir como hermanos con los de Colmenar, aproximando las orillas al cubrir de casas y posesiones el corto trecho que los separa, po-

drian formar de los dos pueblos una gran ciudad á las puertas casi de Madrid, uniendo sus capitales y sus esfuerzos para el mútuo engrandecimiento, y salvando la distancia con un ferrocarril que aumentase su riqueza pública.

Para esto era necesario que los vecinos de Colmenar y Chinchon prescindieran de rivalidades que les perjudican mucho, atendiendo solo al propio bien, y al objeto de su engrandecimiento y prosperidad, que para ellos les sobran elementos. Esto quizá sea un sueño que en los tiempos futuros otras generaciones mas ilustradas conviertan en realidad, por hoy los habitantes de Chinchon solo piensan en sus corridas de toros y en alzar á Frascuelo un trono en sus corazones. Es mas que afecto, es un culto entusiasta el que profesa este pueblo á la bárbara diversion que embriaga y electriza á los españoles.

Ah! si fueran tan aficionados á las letras, que tesoro tan inmenso podrian dar á la literatura!

Para los chinchoneses los toros y las mujeres son sus dioses; descendientes de los moriscos, parece que han conservado el sello árabe de la raza, su bravura, su intrepidez,

y hasta el tipo, que por lo general suelen ser de arrogante estatura, cabello y ojos negros cargados de fluido magnético que lanzan rayos por miradas. Su apostura es tan marcial como su ánimo siempre valiente, pero quisquilloso y pendenciero. No suelen ser muy consecuentes en sus afecciones amorosas segun es fama, por eso nuestro simpático don Juan, era y es, pues aún vive, un perfecto antítesis con sus paisanos. Es uno de esos séres raros en el mundo, que sienten en su juventud el fuego sagrado del amor y le conservan siempre vivo, siempre inestinguible y ardiente en el corazon.

Pero perdona, lector amigo, mis divagaciones; muchas veces el pensamiento nos lleva donde tenemos recuerdos queridos de la juventud; pero es fuerza volver á tomar el hilo de nuestra verídica narracion.

Aurora y su hija, envueltas en sus abrigos, pues aún hacia frio, á pesar de estar la primavera muy avanzada, atravesaron la villa de Chinchon, dando el viejo vehículo horribles tumbos en las mal empedradas calles, y se salieron á un camino que se parecia á las calles y donde no faltaban baches que hacian hundirse la infernal diligencia á cada paso,

dando á los viajeros, y sobre todo á las viajeras tímidas, unos sustos terribles, obligándolas á renegar del célebre Frascuelo, que no correspondia al entusiasmo con que le aclamaban en el país, dotando á los pueblos de una línea de carruajes tan poco cómoda y tan peligrosa.

Felizmente, despues de muchos sustos, llegaron nuestras viajeras á Madrid á las diez de la mañana, deteniéndose en la administracion de la calle de Alcalá.

En el despacho estaba Serafin. Las primeras palabras de Aurora al ver á su hijo, fueron

—¿Has tenido carta de tu padre?

—Sí, madre mia; está bueno ¡gracias á Dios! y esperándoos con impaciencia; ¿y tú?

—Tambien la he tenido todos los dias; ¿quién podia pasarse uno solo sin noticias tuyas?

Las dos señoras molidas y estropeadas de un viaje de ocho leguas, mas incómodo que uno de ciento; pues las pocas horas en el desvencijado vehículo de Frascuelo, tan indigno de los adelantos del siglo, son capaces de moler las piedras, ¿cómo no á personas delicadas y finas?

La madre y los dos hijos se trasladaron á una berlina de plaza, dirigiéndose á su casa de la plazuela de Santa Ana.

Aurora como toda buena madre, miró á su hijo con profunda atencion y encontrándole pálido y triste le preguntó llena de inquietud:

—¿Qué tienes, hijo mio? tú estas malo.

—No lo creas, mamá; estoy bien.

—Me engañas; tus ojos vagan distraidos y tu palidez no es natural.

—Acaso será porque me han afectado algo los disgustos del pobre señor del cuarto principal; ya te lo indiqué en mis cartas.

—Sí; me referias la escena del café y la indisposicion de don Roman. ¿Y cómo sigue?

—Bastante delicado; sin embargo, sale á la calle y acude á la oficina, y no deja por nada del mundo su tertulia del café, y sus visitas al casino.

—¿Y Felicidad?

—No está ya en la casa; dicen los criados que á consecuencia de haber llevado otra vez la niña al colegio y de no querer cambiar la señora de costumbres, han tenido un fuerte altercado, separándose el matrimonio. Creo que Felicidad se ha ido con una baronesa ex-

trangerera que frecuenta la casa y con la que tiene á medias el carruaje y los abonos en los teatros y en los toros.

—¡Que poco juicio tiene esa mujer.

—Y no es eso todo; parece que las medias de las dos señoras son enteras para don Roman, porque Lázaro el alquilador de coches ha ido á reclamarle el pago de muchos meses de alquiler del carruaje, además de otras muchas cuentas de la señora, y por cuya razon todos los dias hay escándalos en la casa desde que se marchó Felicidad, que con sus buenas palabras y el gran tono que sabe darse hacia callar á los acreedores. Esta misma mañana, antes de ir á recibiros á la administracion hubo uno muy gordo y tuve que bajar al oír los gritos de las criadas llamando á los vecinos, pues estaban solas y don Roman se puso muy malo por los insultos de la modista que reclamaba con muy malos modos una cuenta de tres mil reales. No sabian á quien acudir, bajé, y mandé llamar al médico, viendo otra vez al pobre hombre amenazado de la congestion cerebral.

—Ahí tienes las consecuencias de esos matrimonios mal avenidos. Se unen por interés, por cálculo, ó por capricho, sin tener por ba-

se un cariño mútuo, sincero y profundo probado en algun tiempo como lo fué el nuestro, que antes de casarnos estuvimos cinco años en relaciones.

Segun he oido decir, se unieron por conveniencia, él poseia alguna fortuna en metálico heredada no sé de quien; pero no tenia ni carrera ni ilustracion bastante para crearse un porvenir con su inteligencia y su trabajo. Los bienes materiales, sirven de poco si no están acompañados con dotes intelectuales que sepan conservarlos y acrecentarlos con juicio y moderacion. El padre de Felicidad era un alto empleado, pero lleno de acreedores, porque en su gran posicion las exigencias son muchas y gastaba todo su sueldo y mucho mas.

En esa escuela de lujo y de ostentacion se educó Felicidad, y en ella estaba cuando conocia á don Roman, que vino de una provincia recomendado á la familia, y se enamoró ó creyó enamorarse de la hija del alto empleado á quien como una prueba de gran confianza entregó sus intereses para que se los administrase, imponiéndolos en una casa de comercio. Al propio tiempo don Roman creyó así asegurarse la proteccion del alto funcio-

nario, que en efecto le consiguió un destino en una sociedad particular y se encargó de sus fondos, con muchísimo gusto, dándole además una prueba de confianza entregándole su hija en matrimonio.

Corrieron algunos años que vivieron con el padre; pero este aprovechando una situación política favorable, consiguió que su yerno fuese nombrado Gobernador de una provincia.

Esto hace muy poco tiempo. Cuando murió el padre de Felicidad no la dejó fortuna de ningún género; en la casa habían gastado todos sus haberes y los de don Roman, que fueron á perderse en aquel raudal de ostentación y de lujo á que él mismo se acostumbró desde luego contribuyendo á su propia ruina.

Volvieron á Madrid, y se les ha visto siempre indiferentes, cada uno por su lado, ella como una gran señora, y él sin pensar en las complicaciones de la vida, ni en asegurar el porvenir de su hija.

—¡Ah! ¡pobre niña!... verdaderamente que con la educación que recibe ha de ser muy desgraciada. ¿Y dices que la han llevado otra vez al colegio?

—Sí, señora; allí la tienen como prisionero-

nera en Santa Isabel; Felicidad necesitaba ser libre.

—No encontró esa madre mejor recurso que encerrarla con las monjas, que con su sistema de educacion superficial, no podrán apartarla de esa fatal pendiente que llevan todas las hijas, imitando y siguiendo las costumbres de sus madres. No hay nada como el ejemplo, ya sea bueno ó malo, la niña lo copia y lo graba para siempre en su corazon. La pobre Conchita le ha tenido fatal, como le tuvo su madre.

Entretenidos en esta conversacion llegaron á su casa Aurora y sus hijos, y aun la portera les dió nuevos detalles de la familia del principal, diciendo que como el señor seguia malo habian ido á llamar á doña Felicidad, la que se presentó inmediatamente en su casa.

Sin duda habia recibido algun desengaño de su íntima amiga la baronesa porque comprendió que con nadie estaria mejor que con su marido, y procuró hacer las paces, consiguiendo una reconciliacion, quizá no muy duradera dado su caracter independiente y altivo; pero que por de pronto volvió el matrimonio á su estado normal, adquiriendo la casa en pocos dias la tranquilidad y el órden, que son su mas firme cimiento de prosperidad y de paz.

CAPÍTULO X.

EN LA HUERTA DEL COLEGIO.

Pocos dias despues, de su llegada á Madrid, Aurora envió todo su moviliario á Colmenar, y dejó á Serafin en una casa de pupilos hasta que concluyera en junio su curso, y se marchó con su hija Laura á Valencia, donde lleno de tiernísimo cariño las esperaba don Juan en la estacion del ferro-carril.

La casa de huéspedes donde Serafin fué á parar estaba casualmente en la calle de San Cosme, n.º 5, -cuarto 2.º interior, allí vivia una antigua criada de Aurora que ofreció cuidar mucho al jóven hijo de su ama, y le colocó en un cuartito que tenia la ventana á una huerta; pero esta huerta, era la del colegio de Madres Escolapias de la calle de Santa Isabel, que es quizá una de las mas grandes que existen en Madrid en establecimientos de esta índole.

Cuando supo Serafin que aquella huerta era la del colegio donde estaba Concha, se alegró

muchísimo, proponiéndose aprovechar la ocasión para hablarla ó por lo menos, si esto no era posible, comunicarse con ella.

Todos los días por la mañana y tarde salían las colegialas á pasearse por aquel inmenso parque lleno de árboles, y rodeado de tapias, no muy altas, que estaban fuera de la puerta de Atocha, ya en el campo, sobre el camino que conduce al canal, y recibiendo, merced á esta circunstancia, el aire libre y puro, que es tan saludable para las niñas.

Cuando sonaba la hora del recreo, aparecían en filas seguidas y precedidas por dos religiosas todas las colegialas; iban delante las mas pequeñas y detrás por su órden las mayores. Una vez en las espaciosas alamedas se rompían las filas y empezaban sus juegos, de la comba, el aro, el volante, la pelota, ó el escondite. Se formaban diversos grupos, segun las edades; las mayores preferían el paseo y se alejaban del centro buscando la soledad para sus conferencias amistosas.

Las hermanas se sentaban con un libro de oraciones ó el rosario, con el firme propósito de vigilar á sus educandas; pero como estas eran muchas y la extension de la huerta in-

mensa, no era fácil seguirlas, y pronto perdian de vista á las mayores.

Serafin estaba siempre en acecho en su ventana y pudo hacerse notar de Conchita, que sintió una alegría inmensa al ver en la casa vecina un rostro conocido y tan simpático como el del jóven estudiante.

La pobre niña se aburría soberanamente en el colegio, y estaba siempre inventando diabluras para incomodar á las religiosas, para que la echasen del establecimiento; pero solo conseguia sufrir fuertes castigos.

Desde el momento en que vió á Serafin cambió de conducta, y procuró pasearse por debajo de la ventana todos los dias dirigiéndole á hurtadillas miradas y sonrisas. Como iba siempre con alguna compañera no se atrevió á mas; pero un dia llegó sola, por allí, y dejándose llevar de su impetuoso carácter, gritó:

—¿Qué hace V. ahí?

Serafin miró con inquietud á la huerta, y poniéndose un dedo en los labios, la recomendó el silencio, haciéndole un signo como advirtiéndola que se retirase y volviese luego á recoger un papel que ató al extremo de un obillo de hilo, que dejó deslizar á lo largo de la pared.

Concha se alejó y llena de júbilo volvió pronto lanzándose á recoger la carta, pues para ella era una felicidad el encontrarse de nuevo en su terreno de aventuras amorosas.

Serafin la decia en la carta:

«Señorita: sin quererlo he causado á V. un mal, siendo la causa de que la hayan vuelto á encerrar en el colegio; pero deseo reparar mi falta, y ya que la casualidad me ha traído á esta casa, desde donde la puedo ver todos los dias, la ruego me perdone; sin su perdon no puedo descansar ni vivir tranquilo.

»Yo miré á V. siempre con una marcada y sincera simpatía y no pude ver con calma, que abusando de su inocencia cuatro calaveras que apostaron conseguir su amor, se burlaran de su cándida inocencia arrancándola prendas que toda señorita debe conceder al hombre que la ame de veras y deba ser su marido. De aquellas prendas las cartas las recogió su padre de V., pero yo guardé los retratos, flores y rizos que deseo devolverla y que lo haré cuando conteste á esta carta, lo que puede hacer mañana atándola al hilo que dejaré pendiente del muro y atado á mi ventana.

»Deseo saber si es V. feliz, si está conten-

ta y si puedo serle útil en alguna cosa, que tendré un placer grande en que disponga de su sincero servidor y amigo

Q. S. P. B.

Madrid-mayo 30 de 187.....

SERAFIN MASTOSABE.»

No se hizo esperar la respuesta. Conchita que estaba dotada de un génio pronto y de una imaginacion viva, se fué á un extremo de la huerta, donde devoró mas bien que leyó la carta de Serafin.

—Bah: ¡yo creí que era una carta amorosa!.. no me dice galanterías, ni me jura amor eterno como los otros... murmuró la jóven, quedándose pensativa.

Ella no comprendia que los afectos exaltados que se pintan en las cartas, ó suelen ser falsos ó poco profundos, jamás son verdaderos ni constantes, ráfagas de fuego que se apagan al primer viento. Es preferido el apacible y dulce, que á semejanza del arroyuelo se afirma y crece y no como el torrente que se desborda y va á perderse en el mar.

Serafin la amaba de veras, y con la timidez del amor naciente, no sabia ni áun á sí mismo esplicarse lo que sentia.

Concha encontró su carta insulsa, sin embargo, se resolvió á contestarle, y al siguiente dia, á la hora del recreo, se fué á un sitio escondido y aprovechando la hoja blanca de la misma carta escribió con lapiz lo siguiente:

«Yo no sé, amigo Serafin, lo que V. quiere decirme con su carta y con su presencia en la ventana.

»Desea V. mi perdon, y yo se lo concedo de buen grado; tanto mas, cuanto que no le considero culpable, y le doy las gracias por haber arrancado de las villanas manos de aquellos insolentes, esas prendas que no significan nada, porque no eran prendas de amor; yo no amaba á ninguno y solo quise divertirme escribiendo á todos la misma carta. Haga V. el favor de quemar esos objetos y esparcir sus cenizas al viento.

»¿Dice V. que si soy feliz? No, señor; vivo por fuerza, aquí, vigilada constantemente por las religiosas que como negras fantasmas se deslizan detrás de mí, y no me dejan ni á sol ni á sombra.

»Si es verdad que V. me profesa ese sincero afecto, y desea serme útil, yo le agradecería que me lo demostrase, procurando un me-

dio hábil de sacarme de este encierro. Por mi parte aprovecharé cualquier coyuntura favorable para escapar de aquí, donde solo me espera el aburrimiento, ó casarme con un viejo, que la baronesa amiga de mi madre me trae todos los domingos diciéndome que está enamorado de mí. Pero es una estantigua, un viejo estrafalario, que me ofrece carruajes, joyas y riquezas: mucho me gusta todo eso, lo confieso, y lo aceptaré si no tengo otro remedio para sustraerme á la suerte de permanecer toda mi vida en el colegio con que me amenaza mi madre.

»Escríbame V. todos los dias y no deje de asomarse á la ventana; su amiga

CONCHA.»

Al pronunciar la palabra «amiga,» la niña hizo un gesto de desden, exclamando:

—«Amigos;» él no me da otro nombre, pues bien, tampoco se le dará yo. Me parece este muchacho un simple, (así se juzga á los buenos).

Ello sí, es un buen mozo, su figura arrogante, sus cabellos rizados y sus ojos negros me encantan. ¡Ah! ¡pero que ojos tiene... y como me mira!... Me gustaria que sus pala-

bras y sus cartas fueran tan expresivas como su fisonomía, que cuando sonrie parece que habla á el alma.

Estos pensamientos surgian en la mente de la niña mientras que cerrando la carta fué disimuladamente á colocarla en el sitio indicado. Serafin ya estaba en acecho.

Tiró del hilo y cuando estaba la carta á la mitad de la ascension, presentóse inopinadamente una religiosa á quien habia hecho avisar el padre capellan, que desde su casa observaba el juego de los jóvenes.

Concha fué cogida infraganti; se la obligó á declarar quien era el galan, y la castigaron con quince dias de arresto en el calabozo, privándola en dos meses de salir á la huerta en las horas de recreo.

Muy facilmente fueron descubiertos los jóvenes porque el capellan y administrador del colegio tenia, en aquella época, su casa en el mismo establecimiento; pero separada á la izquierda de la huerta, donde habia reservado para su uso particular un pequeño jardin, y unas habitaciones bajas.

Desde su despacho veia la casa de la calle de San Cosme, que era por cierto, una vecindad muy peligrosa para las colegialas. Ad-

virtió la presencia casi continua de Serafin en su ventana y se propuso averiguar el motivo que allí lo retenia, lo que no tardó en conseguir.

Serafin era el castigo de Conchita; su sincero afecto y su buena voluntad la eran perjudiciales, ocasionándola solo disgustos y contratiempos.

El mismo dia recibió el jóven estudiante la visita del capellan del colegio, el cual le intimó la órden de no volver á ponerse en comunicacion con ninguna educanda, amenazándole con escribir á sus padres si no hacia caso de las insinuaciones que se le dirigian; le dijo que por su causa se habia impuesto á Conchita un arresto de quince dias. Esto fué lo que mas afectó á Serafin y ofreció abandonar la casa si la ponian en libertad.



CAPITULO X.

¡LAURA SE MUERE!

Serafin comprendiendo que su presencia comprometia á Conchita se decidió á dejar la casa; pero por desgracia tuvo que efectuarlo antes de lo que pensaba, porque el mismo dia recibió un telégrama de su padre diciéndole estas lacónicas y terribles palabras: ¡Laura se muere!, obligándole á partir precipitadamente para Valencia.

Traslademonos, queridos lectores, á la hermosa ciudad del Cid, á la poética reina del Mediterráneo; esa perla escondida entre vergeles, con su cielo siempre diáfano y puro, con sus campos esmaltados de flores y de frutos, con sus preciosas alquerias rodeadas de naranjos y limoneros, arrullada por el mar y por las perfumadas brisas, cargadas siempre de aromas que embriagan el alma llenando el corazon de una dulcísima melancolia.

Aurora entró en la ciudad de las flores con-

tenta y satisfecha, gozaba al ver á su amada Laura llena de regocijo en aquel vergel y radiante de alegría en la preciosa playa, que no se cansaban de admirar.

Apenas salia de la Audiencia don Juan se iban los tres á recorrer los sitios mas amenos de los magníficos alrededores de la morisca ciudad, admirando el talento en las obras de arte, y adorando á Dios en las de la naturaleza. En la orilla del mar pasaban mucho tiempo; sus corazones inundados de sentimiento y de amor comprendian en toda su grandeza la inmensidad de aquellas montañas de agua, que en espumante oleaje, iban á quebrarse en las rocas, haciendo á veces oscilar los barcos en la rada.

Solos allí en medio de la creacion adoraban á Dios en sus hermosas obras y se afirmaban en el instinto del bien, de la virtud, y del amor que habia sido siempre la norma de su conducta, exenta de todo egoismo.

La preciosa Laura, encantadora niña de doce años corria por la playa del cabañal buscando conchas, mientras que su padre leia los periódicos, y su madre, enemiga de la ociosidad, se ocupaba en convertir un grueso ovillo de algodón en un primoroso encaje, des-

tinado á guarnecer la ropa interior de su amantísima hija.

Para ellos la sociedad no tenia tantos atractivos como la contemplacion del mar, la de los campos de esmeraldas, la del cielo, que en Valencia, ostenta un azul mas diáfano y mas puro que el de ningun otro país, y unas estrellas que brillan con un fulgor que no se parece á los débiles reflejos de otras partes; todo esto unido á su cariño mútuo, siempre tranquilo, dulce, inalterable, formaban sus goces, despues del amor de sus hijos que era para sus amantes corazones el complemento de la dicha.

Empero así, como un dia sereno, se altera de repente formándose en el mar una borrasca furiosa, así el cielo de su felicidad debia alterarse por un doloroso acontecimiento, por un rudo y terrible golpe, mas terrible por lo inesperado y mas angustioso porque no estaban acostumbrados á sufrir ninguna desgracia semejante, ninguna decepcion en su bella y venturosa union de veinte años.

¡Ah, veinte años consecutivos de dicha!... ¿Qué matrimonio puede contarlos? Ni una nube en su cielo; siempre risueños, viviendo de la vida de sus corazones, amándose, go-

zando las santas caricias de dos ángeles y disfrutando el bienestar de una posición desahogada que les bastaba para subvenir á sus necesidades y para separar todos los meses una cantidad que ingresaba al punto en su práctica y utilísima caja de ahorros de LA POZA DEL MORAL, invirtiéndola en su delicioso «nido de amor,» asilo de la virtud, refugio de la vejez, donde tranquila y santamente pueden exhalar el último suspiro.

Todo en la vida tiene sus tempestades; el mas apacible lago se altera á impulsos del huracan; en el mar y en la tierra hay borrascas, y en la naturaleza humana, tormentas infinitas. Tambien los corazones de Juan y de Aurora debian experimentar esa tortura de que no se exime ninguna criatura. La naturaleza reclama sus derechos, se impone y nos muestra con sus indiscutibles decretos que no podemos mecernos eternamente en un sueño de delicias; es preciso acatar la ley que pone el placer junto al dolor, como hacen las flores y las espinas. Esta es la vida.

«Laura se muere» habia exclamado en un arranque del alma don Juan y medio loco se mesaba los cabellos, y se oprimia el corazón con ambas manos, no pudiendo sufrir

aquel dolor punzante, terrible, inmenso.

—Todavía no; ¡quien sabe!... decia llena aún de esperanza la pobre madre, procurando encender en el pecho de su hija la chispa de vida que le quedaba, pronta á extinguirse.

La pobre niña habia sido atacada de una enfermedad del pecho, aguda é incurable, y los médicos pronosticaron su muerte inmediata.

Era un ángel, y Dios no puede permitir que habiten mucho tiempo en la tierra los espíritus seráficos destinados á su celeste coro, donde Laura tiene sin duda su asiento predilecto.

—¿Qué le hemos hecho nosotros á Dios para que así nos castigue? gritaba desesperado, en su horrorosa angustia, el infeliz don Juan, que todo sentimiento, todo corazon, no habia hecho sino sembrar el bien en torno suyo, acatar las reglas de la virtud, dedicando toda su vida á demostrar el efecto grande y purísimo que le inspiraban los seres queridos de su alma.

Se toma á veces como castigo en las familias esas desgracias que nos hieren de improviso, cuando suelen ser pruebas de amor del

altísimo, que se acuerda de sus criaturas, y las envia pesares ó tristezas para probar el temple de su alma, porque todo lo que de Dios proviene, todo aquello en que se manifiesta ostensible su divina voluntad, debe acatarse prosternando la rodilla en tierra y doblando la cabeza.

Laura no estaba bien en nuestro suelo, los querubes de blancas alas manchan sus vestiduras angélicas en el lodo de la sociedad terrestre donde imperan impetuosos las pasiones desbordadas, donde el espíritu del mal rueda en vertiginosa carrera, pisando la virtud, hollando la inocencia, creciendo la injusticia, y ensalzando la osadía y el vicio.

Si la dulcísima criatura permaneciendo en la tierra, hubiera caído en las garras de uno de esos milanos que devoran sus propios hijos, siendo la esposa de un malvado, que con la capa de virtud seducen y se hacen amar, y engañada la infeliz por las pruebas de un falso amor, si hubiera visto despues abandonada á los tormentos de una soledad eterna, á las desdichas de una vida de dolor... ¿Qué dirían entonces sus amantes padres? ¡Cuántas veces Aurora hubiera deseado verla en el cielo, mejor en el coro de los ángeles que en po-

der de un hombre sin sentimientos y sin honor!...

¡Quién sabe la suerte que está reservada á las criaturas!... Dios solo es infalible; respetemos su fallo: inclinemos humildes la cabeza ante sus inapelables decretos.

—«Laura se muere» seguia diciendo entre sollozos don Juan ocultando sus lágrimas.

Serafin, lleno de angustia, se escondia entre la colgadura de la cama para que no se viese su desesperacion y su dolor.

¡Aurora aun tenia valor para sonreir á su hija! ¡heróica abnegacion la de una madre!

Sostenia en su brazo la cabeza de la niña moribunda y la hacia tomar una tisana preparada por el médico. La infeliz tenia el corazon oprimido; pero aún la animaba una esperanza halagüeña.

—¡La ciencia!... ¡la ciencia!... ¡que inutil es la ciencia!... Gritaba don Juan delirante. Estos médicos solo saben leer en sus libros, ¿por qué no leen lo mismo en la naturaleza? ¿por qué no penetran en sus secretos antros y buscan el remedio á las enfermedades? Ah, ¿por qué, por qué, dejan morir á mi ángel?

¡Ah! ¡desdichado padre!... por eso mismo lo dejan morir, porque es un ángel, y las

criaturas humanas no tienen poder para oponerse á los espíritus divinos, nada pueden, nada vale la ciencia, ante los decretos del Altísimo.

—Hija mia; ¿te sientes bien? decia Aurora con la sonrisa en los lábios y tragándose las lágrimas que como plomo derretido caian sobre su corazon.

—Sí, mamá; creo que estoy mejor; pero no puedo moverme; una debilidad grande invade mis miembros; pero soy feliz, os veo á todos á mi lado y os amo. Mi querido papá llora y le tiendo los brazos; ven: ¿á qué ese llanto? Y tú, mi buen hermano, no contengas tus sollozos detrás de la colgadura, os veo y os siento á mi alrededor, y me creo dichosa; pero si llorais, me hareis desgraciada y sufriré; ¡os amo tanto!

Esto decia Laura en sus últimos momentos rodeando con sus brazos á los seres de su amor.

Su fisonomía resplandeciente no estaba abatida, no se veian en ella las señales de la muerte, por eso Aurora decia siempre:

—¡Aún hay esperanza! ¡Pero el eterno!

—«Laura se muere» decia don Juan con acento capaz de romper un corazon de piedra.

AURORA Y FELICIDAD.



En efecto, el presentimiento paternal no se engañaba y la dulce niña rindió en los brazos de su tiernísima madre el último suspiro; murió sonriendo como el que vislumbra un porvenir risueño al otro lado de la tumba, y haciendo protestas de amor eterno á las que la habian amado en la tierra.

¡Cómo pintar el dolor de estas pobres almas!... ¡Ellos que amaban tan de veras!... ¡ellos que no conocian esos sentimientos efimeros de las personas superficiales, como vivir sin la hermosa niña, que habia formado su encanto, su delicia, la base de sus santos goces y que era su felicidad sobre la tierra!

Cuando Aurora se convenció de la horrible verdad, cuando vió que tenia un cadáver en sus brazos, creyó volverse loca, el dolor la trastornó de tal manera, que se temió un trastorno en sus facultades mentales por el exceso de su dolor y de su exaltacion nerviosa.

Entónces fué don Juan el que decia lleno de esperanza:

—«La veremos en el cielo.»

—¡Muerta!... ¡muerta! ya no la veré mas, gritaba Aurora abrazando frenética á su hija.

—Sí; la veremos, no lo dudes, Aurora mia; el espíritu no muere, luz inmortal, chispa divina del Señor, sus fulgores son eternos, como eterna es la luz que nos alumbra; nos ha precedido en el camino de ese mundo invisible para nosotros á quienes ciega la materia obtusa, de esa nueva vida que empieza en la tumba, porque nuestra existencia en la tierra es un destierro. Allí nos espera el ángel de nuestro amor.

La santa resignacion, la fé de un corazon grande y bello, es el mejor de los bienes que pueden tener las criaturas.

Como todo el que de sentimiento vive, un dolor semejante le aniquila, Aurora y don Juan amargada su existencia por aquella desgracia irreparable, despues de los primeros dias de luto fueron á refugiarse en su «Nido de amor.» Corrieron á su posesion de Colmenar á empezar una nueva vida, la de los recuerdos. Esa religion del alma, que presta fuerzas para la lucha, que estamos obligados á sostener con la flaca humanidad.

Silenciosos y tristes, los dos esposos, siempre con las lágrimas en los ojos y el nombre de Laura en los lábios se dedicaron á embellecer su morada, adornándola con los recuer-

dos del arcangel, que habia emprendido su peregrinacion al cielo.

Enfrente de la casa, para verla todos los instantes, pusieron una fuente, con un surtidor que en sus juegos y saltos de agua subia hasta los balcones del primer piso, y la pusieron *La fuente de Laura*. Mas allá un jardin que llevaba tambien su nombre y en todos los sitios mas visibles colocaron algun objeto suyo para recuerdo, áun cuando este le tenian grabado en el corazon.

Rodearon los muros de la casa con rosales trepadores de todas clases, formando con ellas una espesa bóveda, que no podian traspasar los rayos del sol. Las mil y mil clases de diversas flores que en abundantes guirnaldas se ven en la primavera son un adorno constante en tan pintoresco eden, del que no se puede formar cabal idea si no se ve en la florida estacion cuando el ruido del agua de las fuentes responde á los armoniosos cantos de los ruiseñores, gilgueros, y otras mil avecillas, que seguras de no ser molestadas por nadie, lucen sus habilidades cantando á coro y formando deliciosos conciertos, que escuchaban embelesados Aurora y don Juan, figurándose á veces en la exaltacion de su dolor siempre pun-

zante, que aquellos cánticos celestiales eran el seráfico coro celebrando la llegada á las regiones celestes, del alma de la hermosa Laura.

A los pájaros cantores se unian otros mas modestos, los gorriones alforgeros; estos son unos pájaros pequeños de color oscuro que llaman así, porque van al ato de los labradores á buscar los restos de la comida, y son tan audaces y atrevidos, que como si estuvieran domesticados andan entre las personas, y anidan en los aleros de los tejados, cerca de las golondrinas, que mas diestras y primorosas fabrican sus artísticos nidos con tierra mojada de los arroyos que llevan en su pico. Los alforgeros no son industriales mas que para buscarse el alimento, su nido le hacen con cuatro pajas en el hueco de las tejas, ó entre las ramas de los árboles.

Allí, lejos del bullicio del mundo, han ido los padres de Laura á ocultar sus penas; la sociedad no las admite, ante ella es preciso presentarse siempre con la máscara del disimulo, y el feliz matrimonio, que viven para sí mismos la vida del sentimiento y la del corazon, hallan muy agradable la soledad practicando la sublime religion de los recuerdos, en su encantado «Nido de amor.»

CAPITULO XI.

LOS SUEÑOS DE CONCHITA.

Trasladémonos, queridas lectoras, al colegio de Escolapias en la calle de Santa Isabel, donde Conchita sufría el arresto de quince dias que la impusieron por haberla sorprendido infraganti admitiendo cartas de Serafin.

Su rabia y su enojo no tenia límites, llevando tan á mal el encierro, que se propuso no hacer nada bueno, buscando todos los medios que á mano tenia para hacer sufrir á las religiosas encargadas de su asistencia. Una de ellas, la hermana Marta, que era una criatura angelical, llena de bondad y de dulzura sufría las impertinencias de aquella niña verdaderamente insoportable. Unos dias no queria comer, otros se fingia enferma, y á media noche, cuando la comunidad estaba entregada al descanso, empezaba á dar gritos lastimeros diciendo que se moria sintiéndose acometida de furiosos ataques de nervios que sembraban el espanto y la desolacion en la

santa y apacible casa. Llamaban al médico y en el momento de presentarse el buen doctor, la niña ya estaba buena, se sentaba en la cama diciendo que su enfermedad era el convento y su tormento las religiosas que la daban miedo con sus negros hábitos y las creía fantásticas visiones que la quitaban la salud.

Avisaron á Felicidad de lo que ocurría y fué al colegio; se enteró de los fingidos ataques de su hija y dió orden á la madre superiora de encerrarla en el sótano sin mas alimento que pan y agua si volvía á darles el mas pequeño motivo de queja. Efectivamente, al otro dia se repitieron los síntomas y cuando iban á cumplir las órdenes de Felicidad, llegó la baronesa. Era un domingo y como tenía amplias facultades para llevarse á Conchita cuando quisiera, dijo á la superiora que ella se encargaba de corregir á la indómita colegiala, empezando por llevársela á su casa con la condicion de volverla al colegio por la tarde á la hora de cenar.

Cuando comunicaron esta feliz nueva á Conchita creyó volverse loca de alegría. Se arrojó á los brazos de la baronesa diciéndola con efusion:

—¡Es V. mi felicidad y mi vida!... mi

mamá no me quiere, me encierra en este convento horrible, manda todavía que me lleven al sótano, como si no fuera bastante esta prison, y jamás consiente en tenerme á su lado. ¡Pero V. es un ángel de bondad, intercede por mí y me lleva á su casa!... ¡que dichosa soy! ¡ah! no sabe cuanto se lo agradezco.

—Es que te quiero mucho, hija mia, y te prometo sacarte pronto de aquí, si me das palabra de ser juiciosa y obediente; hoy almorzarás conmigo en Fornos, despues nos iremos al concierto del príncipe Alfonso, que es á las dos y desde allí á paseo en carretela descubierta á la Castellana y al Retiro. ¿Te gusta el plan?

—¿Que si me gusta? Me enloquece; que placer tan grande!... ¡que alegría!...

Y Conchita saltó al cuello de la Baronesa dándola mil besos con las mayores demostraciones de júbilo. De pronto se quedó seria.

—¿Diga V., y mi mamá? ¿irá con nosotras? dijo.

—Tu mamá está hoy en Aranjuez á pasear todo el dia con unos amigos, y aprovechando esta circunstancia favorable, he venido á buscarte. Si ella estuviese no lo consentiria.

—¿De modo que no sabrá nada?

—Absolutamente: es preciso ocultarla tus salidas; ella no vendrá á verte en mucho tiempo porque está enfadada contigo.

—Bien; si ella no me quiere tambien yo prescindiré de su cariño, máxime, cuando lo encuentro en V. que se compadece de mí.

La superiora encargó mucho á la Baronesa que antes de las ocho llevase á Conchita, porque las colegialas no podian quedarse fuera del colegio, y las puertas de este se cerraban á las ocho en punto.

Las dos dieron palabra de hacerlo así, y saliendo á la calle montaron en la carretela, donde les esperaba un caballero anciano, de quien Conchita hablaba á Serafin, en la carta que le dirigió y fué la causa de su castigo.

Antes de almorzar se fueron á casa de una modista francesa que tenia trajes hechos, y compraron uno muy elegante de gro azul, que le venia perfectamente á Conchita, con sombrero blanco adornado de azul. Un lucido abrigo de felpa blanco adornado de raso, completó el atavío de la colegiala, que llena de alegría dejó el hábito negro con cintas azules de la pension.

Nunca se habia visto tan elegante, mientras se miraba y remiraba al espejo, el caba-

lloero anciano pagó la cuenta que presentó la modista y salieron para dirigirse á pié á una platería en la misma calle.

El coche los seguía á pocos pasos.

La baronesa presentó ante la vista de la niña mil primores en joyas, exhortándola á que escogiese la que quisiera, diciéndola, que todas aquellas galas se las tendría guardadas en su casa para los domingos cuando la permitiesen salir del colegio.

Conchita hubiera cargado con todas las preciosas alhajas que ofrecieron ante su vista; pero se contentó con dos pulseras, y un medio aderezo compuesto de alfiler y pendientes.

—Para el domingo próximo, si eres buena toda esta semana, tendrás collar y reloj.

—¿Si seré buena? exclamó la niña arrebatada de gozo, allí ni un ángel del cielo será mejor.

Montaron en el coche y se dirigieron á Fornos, donde les fué servido un espléndido almuerzo en un gabinete particular.

El anciano caballero á quien la Baronesa llamaba señor Marqués, estuvo con ellas sumamente respetuoso, ni una palabra galante se escapó de sus labios, ni una mirada hizo

traicion á sus intenciones que parecian las de un padre á sus hijas.

Desde Fornos se trasladaron al circo del príncipe Alfonso en Recoletos, donde tenian lugar los conciertos que tan hábilmente dirige el maestro Vazquez. Estos conciertos que están en moda, eran el punto de reunion de lo mas aristocrático y escogido de la sociedad madrileña.

El palco que ocupaban el marqués y las dos señoras, fué bien pronto el objeto de la atencion general. Conchita estaba encantadora y todas las miradas se fijaban en ella. La Baronesa se lo hizo notar, exaltando el amor propio de la jóven que dotada de ideas romancescas y de una alta dosis de coqueteria, soñaba ya con mil y mil aventuras de las que podia ser la heroína, parecidas á las que habia leído en las novelas que trastornaron su cabeza.

La Baronesa tambien iba muy elegante; llevaba vestido de terciopelo negro y velo de encage. Un rico collar de perlas y algunos diamantes sujetando el velo hacian un efecto delicioso entre sus rubios cabellos.

Varios caballeros fueron al palco á saludarla y todos elogiaron en extremo la fresca y juvenil belleza de Conchita.

Terminado el concierto, la carretela descubierta donde iban nuestros elegantes, dió algunas vueltas por la Castellana y el Retiro, llamando la atención; varios elegantes caballeros, que montaban briosos alazanes, se acercaron á saludarlas, muchos de ellos porque conocian á la Baronesa, y por curiosidad otros varios.

Conchita estaba en éxtasis, veía la realización de uno de sus sueños, pasear en carretela, tener joyas y ricos trajes, ser admirada y amada, he aquí su ideal. Buscaba en el mundo todo lo que habia leído en las novelas, creyéndose á cada momento la heroína de una aventura amorosa.

Llegó la caída de la tarde y con ella la caída de las ilusiones de la novelesca niña.

Cuando tuvo que despojarse de su bello traje para vestir el hábito negro de la pension, lloró amargamente. No habia consuelo para ella y fué preciso que la Baronesa y el Marqués la ofrecieran muy formalmente que para el domingo próximo tendría nuevo traje y nuevas joyas, y la irian á buscar para repetir el almuerzo, la asistencia al concierto, y el paseo. Esta esperanza la dió valor para soportar los seis interminables dias de la semana

siendo, segun lo habia ofrecido, muy buena y muy aplicada.

Llegó el ansiado dia, y lo mismo que el anterior, la Baronesa y el Marqués presentaron á la niña el atractivo de todos los goces y placeres de la vida. Felicidad gravemente ocupada con los negocios de su casa, no se cuidaba de su hija; si acaso iba algun jueves por la tarde á verla, estaba media hora con ella y siempre acompañada de la Baronesa que no la dejaba un momento sola. Nada supo de las salidas de los domingos, y creyó buenamente que Conchita se habia resignado á vivir en el colegio, donde la manifestó terminantemente que estaria hasta que se casase.

La Baronesa, llena de maquiavélica intencion, habia procurado ganarse el afecto de la hija y de la madre, y su completa confianza.

Como habrán conocido nuestras lectoras, esta dama era una de esas mujeres de historia que deseando tener siempre una vida de lujo y de ostentacion no reparan en los medios, adoptando todos los que las procuran dineros, por reprobados que sean.

Es bueno hacer conocer estos tipos á las familias que ignoran la alta trascendencia de semejantes amistades.

CAPITULO XII.

EL COLLAR.

Despues de las tormentas sufridas en la poco apacible cena de don Roman, el matrimonio comprendiendo sus intereses, hicieron las paces, como vulgarmente se dice, porque de las discordias solo se recogen pérdidas y desengaños que no mejoran la situacion conyugal.

Así pues, don Roman, cansado de que los criados le robasen y los acreedores no le dejaran vivir, entregó de nuevo á su mujer las riendas de la casa y su sueldo, exhortándola á que moderase sus gustos ruinosos y no gastara en lujos indebidos lo que habian de necesitar en su vejez para crearse un cómodo bienestar.

Felicidad prometió hacerlo así, siempre que él renunciase á sus tertulias y diversiones nocturnas con los amigos. Ambos en aquel momento, conociendo sus errores, estaban arrepentidos y tenian el firme propósito de enmen-

darse; pero cuando las costumbres, sean buenas ó malas, han arraigado en las criaturas, llegando á formar una segunda naturaleza, es muy difícil un cambio radical. Este suele á veces operarse á consecuencia de grandes catástrofes en las familias: pero rara vez se hace por convencimiento y voluntariamente.

Roman y Felicidad con la mayor voluntad del mundo se proponían cambiar de vida; pero á los quince días, se aburrieron y cada uno volvió por el camino emprendido desde su juventud, único que conocían y que les era agradable. No se resignaban á carecer de esos placeres ficticios que halagaban sus sentidos, no su alma.

Pasaron algunos meses sin cosa notable, Felicidad se separó algo de la baronesa, por aproximarse á otras amigas, pero el dominio de aquella sobre su ánimo siempre era el mismo.

En los banquetes que daba y las reuniones literarias de hombres de letras, periodistas y políticos, siempre la acompañaba Felicidad. En ellas leía algunas composiciones y hasta consiguió que hombres notables la pusieran un prólogo en un libro y lo recomendasen á un editor muy conocido.

Este por la influencia aceptó y publicó la obra de la dama, que no tenia condiciones ningunas de escritura y por consecuencia llenó con la edicion sus almacenes, y no vendió ni seis volúmenes, porque á pesar de los bombos de los gacetilleros, el público no se deja engañar.

Pero la Baronesa conocia el flaco: como escritora extranjera, como aristócrata era bien recibida, tenia abiertos los salones de alto tono, se rodeaba de hombres importantes y hacia su negocio ensanchando el campo de su esplotacion.

Si una modesta poetisa, como hay muchas en España, escribe un libro de gran mérito á la cabecera de su madre enferma ó velando junto á la cuna de sus hijos, nadie le protege, ningun editor lo adquiere á cambio de un pedazo de pan, ningun periódico se toma el trabajo de leerlo siquiera, y menos de insertarlo en los folletines que están destinados á propagar en España la novela francesa.

Y sin embargo, aquella obra es la manifestacion de un génio de primer orden, que se ahoga por falta de aire y de expansion que le de vida.

Mientras que las insípidas elucubraciones que presenta una aventurera vestida de terciopelo y brillantes, despues de un espléndido banquete, se aplauden, se recomiendan y se imprimen.

La astuta Baronesa, que para hacer fortuna en España, se fingia extranjera siendo española, conocia el flaco de los españoles y se aprovechaba perfectamente de su suerte.

Volvañnos á Felicidad. Una noche al llegar á su casa despues del teatro, se encontró á don Roman esperándola en el gabinete.

—Hola! ¿tú aqui ya? le dijo, quitándose el abrigo. ¿Cómo has venido tan temprano?

—Estaba en el casino, se habia propuesto una partida entre varios amigos, y contra mi costumbre tomé parte y jugué con mala fortuna.

Empecé ganando mucho; pero de repente cambia la suerte, pierdo cuanto tenia y empeñado mi amor propio seguí jugando con el dinero que me prestaron á condicion de devolverlo esta misma noche.....

—¿Y lo perdiste tambien? Ah! dichoso vicio.

—Perdona, hija mia; tu misma me has animado á seguir por ese camino, y si no,

cuando hace poco te traje tres mil duros de las ganancias ¿qué me dijistes?

—Es verdad que nos sacaron de bastantes apuros pagando algunas deudas; pero es doloroso que esas alegrías duren tan poco.

—Esas son las consecuencias. Y bien, querida Felicidad, dijo don Roman despues de un rato de silencio, mientras su mujer empezaba á desnudarse, te estaba esperando porque he prometido volver esta misma noche al casino y te ruego me des siquiera mil duros, de los tres que te entregué.

—¡Mil duros! exclamó Felicidad quitándose el famoso collar de brillantes falsos y colocándole en el estuche que estaba sobre la chimenea, donde se apoyaba don Roman.

—Es la suma que me hace falta, contestó éste.

—¿Pero no conoces nuestra posicion? ¿á qué venir á exigirme una suma que no tengo? Ayer pagué varias cuentas, estábamos á fin de mes y no me quedaron ni cien reales, esperando con impaciencia tu paga, que debes cobrar mañana ó pasado.

—Pues, hija, yo no puedo prescindir, las deudas del juego son sagradas, son deudas de honor, he dado mi palabra delante de vein-

te personas que me esperan en el casino y si no llevo dinero les llevaré este collar que es lo mismo, pues vale doble ó triple de la cantidad que necesito.

Y al decir esto don Roman, tomó el estuche con la joya, la puso en su bolsillo, salió precipitadamente del gabinete, atravesó el salon, cerró la puerta y echó la llave por fuera y se lanzó á la escalera corriendo como un muchacho que ha hecho una travesura.

Fué todo esto tan rápido y tan inesperado, que Felicidad no pudo evitarlo. Ella estaba en la alcoba desnudándose, y al oír las palabras de don Roman, le gritó:

—Espera, espera, Roman; deja ese collar y no me impacientes.

Viendo que no contestaba ni volvía, salió al salon con ánimo de quitarle la alhaja, áun cuando hubiera tenido que sostener una lucha; pero encontró el salon desierto y la puerta cerrada por fuera; corrió á la del despacho y lo mismo esta que lo estaba siempre, por la manía de que no salieran al salon los olores del tabaco. Tuvo que volver á su gabinete, pasó por la alcoba, atravesó el comedor, la galería y salió á la antesala; pero ya era tarde, don Roman corria por la calle del Prín-

cipe con la rapidez del hombre á quien persigue una mujer furiosa.

Felicidad tuvo un acceso de cólera, volvió á su gabinete furiosa pensando que iba á descubrir su marido que el collar era falso, proporcionándole esto un nuevo disgusto.

En su alcoba se encontró á la doncella que cuando vió salir á don Roman entró á recoger las ropas que habia llevado su señora al teatro.

—¿Qué hace V. Andrea? exclamó Felicidad.

—Venia á desnudar á V. y á llevarme la ropa para limpiarla y guardarla en el ropero.

—Bien, retírese V. que no me hace falta esta noche, puede acostarse.

—Tengo que esperar al señor.

—¿Pues, y Anton?

—Se marchó despues de comer y no ha vuelto; sabe V. que tiene pedida su cuenta hace dias y ya no pudo esperar mas porque le llamaban en casa de sus nuevos amos.

—Bien, bien; pues que espere la Sinforosa.

—Tampoco la Sinforosa está; entró de cocinera en la misma casa que Anton de criado, y se han ido juntos.

—¿Qué formalidades son estas? ¿por qué no me han prevenido con tiempo?

—Hace días que están pidiendo su cuenta y anunciaron á la señora su propósito de marcharse. Y yo tambien me permito manifestar á V. una vez mas, que no continuaré en su casa, si no se me pagan los atrasos y todos los meses con exactitud, porque necesito enviar á mis padres mi escaso sueldo, único recurso que tienen para vivir.

—No tenga V. cuidado, se la pagará puntualmente; reteríse á descansar, yo esperaré al señor y mañana temprano procure V. encarregar cocinera y criado, dando aviso en casa de Lhardy para que nos traigan el almuerzo. En buen dia se han ido á marchar esos insolentes, en jueves cuando tengo cinco convidados, la baronesa y nosotros, total ocho. Dice usted á Lhardy que traiga ocho cubiertos de á doscientos reales cada uno.

—En cuanto á eso no tenga V. cuidado yo estaré aquí mañana y nada faltará, me ayudará el chico que viene todos los jueves, y los criados de Lhardy servirán el almuerzo; pero quisiera que tuviese V. la bondad de darme quince ó veinte duros siquiera, porque mañana temprano se marcha el ordinario de mi

pueblo y necesito indispensablemente mandárselos á mis padres.

—No tengo dinero disponible en este momento; cuando venga el señorle pediré. No me gusta tener dinero en casa y todos los fondos los depositamos en el banco.

—Mañana será tarde; he de llevarlo antes de las seis y no puedo entrar á esa hora á despertar á V. Solo la pido quince duros de ciento y tantos que son mis atrasos.

—Hija, ya lo sé; no me lo recuerde V. y no insista porque es inútil esta noche; mañana se lo daré; váyase á acostar y déjeme descansar.

La doncella salió del gabinete con muy mal humor y fué á sentarse en una silla del comedor entregándose á sus reflexiones.

He aquí, se decia, el pago de ser una buena sirvienta; mis compañeros se han marchado llevándose sus sueldos cobrados, gracias á la vajilla de plata de la han empeñado algunas piezas, sin saberlo los amos. Bonita se pondrá mañana doña Felicidad cuando las eche de menos. Yo no me atreví á seguir su peligrosa conducta; pero no tengo mas remedio, pues mis padres no se han de morir de hambre. Por lo tanto, si no me dan dinero cogeré los cu-

biertos y los llevaré á empeñar como han hecho mis compañeros. La enviaremos las papeletas para que los saquen cuando quieran. Es el único medio de cobrar con esta gente que gasta doble de lo que tiene.

En fin, estoy resuelta, esperaré á que venga el señor, si me pagan bien, y si no á las ocho de la mañana están los cubiertos en la casa de préstamos y yo desaparezco de aquí; pero antes daré parte al comisario para que no me persigan por ladrona. Lo mismo harán Anton y la Sinfrosa.

La doncella rendida por el sueño apoyó los brazos en la mesa, reclinó en ellos la cabeza y se durmió profundamente.

Felicidad cuando se vió sola se puso una bata y recostándose en un divan tomó la agenda y estuvo un rato haciendo apuntes y sacando cuentas.

—Pues señor, esto es imposible, se decia despues de algunos minutos de reflexion. No podemos pasar así, es preciso cambiar de sistema.

Esto de vivir siempre de esperanzas que no llegan nunca á realizarse, es horrible. Y los gastos aumentan, sin que aparezcan los ingresos para nivelar nuestro presupuesto. Es-

tamos como la hacienda próximos á la bancarota, segun dice esa diabólica baronesa, que tiene tan felices ocurrencias y de todo saca partido.

¡Ah! yo conozco que su conducta solo es buena en la apariencia; pero debe haber en esa mujer un fondo muy cenagoso. Yo debiera romper con ella, su fausto ostentoso me arruina, pues nunca tiene dinero cuando me hace falta y yo pago por las dos. Es preciso que mañana ajustemos cuentas, y me dé su porte siquiera para dar algo á esa pobre Andrea que verdaderamente tiene bastante paciencia y es la única doncella que se ha portado bien. Iré á verla á las nueve y me traeré de paso las flores para adornar el salon y el comedor. Lhardy nos servirá un buen almuerzo y no quedarán descontentos los dos nuevos diputados que nos presenta la baronesa, á los que ha hecho creer que somos capitalistas. Y es preciso dejar el pabellon bien puesto, porque son muy influyentes, como de oposicion decidida; á esos que le hacen el contra el gobierno no les niega nada, les concede cuanto piden; veremos si entre las dos los catequizamos para lo de la canongía, sino estamos mal; ¡dichosa canongía! que cara nos cuesta. El marqués

se escamó y desde que se la pedí no ha vuelto mas á visitarme.

Felicidad vencida por el sueño dejó caer la agenda sobre su falda y se durmió como su doncella esperando á don Roman. Es natural, la flaca naturaleza rinde tributo á la materia.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llegó don Roman á la plazuela de Santa Ana; llamó al sereno que abrió la puerta de la calle y sin darle siquiera las buenas noches volvió á cerrar dejándole á oscuras en el portal. Estos serenos suelen ser casi todos gallegos y como son muy interesados, sino les dan propina tienen pocas atenciones con los vecinos. Don Roman sacó la fosforera, encendió una cerilla y subió despacio la escalera para no despertar á nadie. Tenia la costumbre de llevarse una llave de su casa por si los criados se dormian, abrió la puerta de la habitacion, cerrando con cuidado y se dirigió á su alcoba sin que le sintieran, cerró por dentro y se acostó muy satisfecho de su conducta; su deuda de honor estaba pagada habiendo entregado el collar en prenda hasta que llevase los mil duros que debia.

Sin embargo, su sueño no fué tranquilo, vi-

siones aterradoras le inquietaban llevándole unos á las altas cimas de las montañas y otros á los abismos mas profundos de la tierra.

Rodeábanle y le maltrataban cruelmente diferentes personas que le pedian dinero; él vaciaba el portamonedas que contenia algunos céntimos, se volvia todos los bolsillos del revés agitándose en vano y gritando como un loco.

—¡Dejadme en paz!... malditos acreedores!... ingleses implacables. No tengo dinero. En cuanto cobro mi sueldo me lo arrebatan mi mujer, y á Dios paga, se desvanece entre sus manos.

¡Felicidad! ¡Felicidad!... tú eres la desgracia, ¡qué horrible ironia la de tu nombre!... que sarcasmo. ¡Felicidad! cuando eres la mas negra, la mas horrenda fatalidad para mi vida.

El infeliz sudaba agitándose entre las sábanas que retorcidas se enroscaban á su cuerpo. Ni aun durmiendo estaba tranquilo, la paz huia de su espíritu y lo mismo despierto que en sueños sufría las consecuencias de su vida borrascosa.

—¡Dejadme!... ¡dejadme! decia á sus infa-

tigables perseguidores!... no puedo nada; imposible retroceder; me fatigais inutilmente y siento que la sangre sube á mi cabeza y me aturde, me ahoga. ¡Dios mio! Dios mio!... Yo me muero, mi cabeza es un volcan; las arterias quieren romperse en mis sienes. Las angustias de esta vida agitada me aniquilan.»

Lo mismo pensaba siempre; pero no tenia bastante fuerza de caracter para cambiar de conducta. Su mujer le arrastraba por un lado, por otro sus amigos, por otro las circunstancias. Todo le empujaba hácia adelante.

El abismo estaba á sus piés.

Y el pobre hombre se agitaba en su lecho horrorosamente, sin encontrar sus miembros fatigados el apetecido descanso, ni su espíritu la paz.

CAPÍTULO XIII.

CATASTROFE.

Al siguiente dia á las nueve de la mañana salió Felicidad de su casa y se fué á buscar á la baronesa. Por casualidad esta que nunca salia temprano habia ido á una funcion de Iglesia. Desesperada por el contratiempo la dejó dos letras en una targeta suplicándola llevase algun dinero cuando fuera á almorzar y se le agradecería infinito. En seguida se dirigió á la carrera de San Gerónimo, á una casa donde se surtia todo el año de flores, á crédito por supuesto, para pagar por meses segun su costumbre; eligió aquellos ramilletes mas bonitos y los mandó llevar á su casa. Tenia costumbre de adornar su salon los jueves, y lo hacia en todas las estaciones lo mismo. Aun cuando en el invierno son muy caras las flores naturales, por nada del mundo hubiera prescindido de ellas, la señora de humos aristocráticos, que en su inmenso orgullo

no queria ser menos que la señora del ministro.

Cuando llegó á su casa eran mas de las diez. Llamó y salió á abrir el ayudante de la cocinera que iba los jueves.

—¿Pues y Andrea? preguntó.

—No está en casa, señora. Salió cuando yo vine y todavía no ha vuelto; la peinadora espera á V. hace rato.

Felicidad creyó que habria ido á encargarse el almuerzo á casa Lhardy, y satisfecha al ver que el salon estaba arreglado, pues Andrea antes de marcharse lo dejó todo limpio, hizo que el muchacho colocase las flores y entró en su tocador donde estaba ya muy impaciente la peinadora.

A las once y media Felicidad elegantemente vestida con una bata forma princesa, de raso color crema con encajes blancos y el peinado de moda dividido en dos partes y risado en caprichosos bucles, esperaba á sus invitados en el salon.

Por dos veces habia llamado á su marido, rogándole se vistiese pronto porque se acercaba la hora del almuerzo, y la Baronesa iba á presentarles dos diputados muy influyentes.

Don Roman frotándose los ojos salió al fin

y abrió la puerta de su cuarto, Felicidad entró temblando por la cuestion del collar, pero por el aspecto tranquilo aunque abatido de su marido comprendió que no se descubriría tan pronto el engaño, dándola tiempo de buscar los mil duros que eran necesarios para recobrarle. Don Roman estaba sentado delante de su mesa; su rostro pálido y el círculo amoratado de sus ojos, denotaba una noche de insomnio y los mas grandes sufrimientos morales.

Al ver á su mujer tan elegante, luciendo el nuevo traje que habia recibido de París, sonrió con amargura y abrió los ojos al cielo, como diciendo: ¡ah! esta mujer que solo piensa en el lujo y en estrenar un traje cada dia, me arrastra á la perdicion!... ¿qué será de nosotros si quedo cesante?

Esta reflexion que de pronto acudió á su mente, no se le habia ocurrido nunca al bueno don Roman, que débil de carácter y vicioso de suyo gustaba tambien de todos los encantos de una vida ostentosa.

—¡Todavía sin vestir! exclamó Felicidad.

—Sí, querida mia, acabo de levantarme y te aseguro que no me siento bueno, he pasado una*noche terrible.



—Haciendo la vida del jugador, no tendrás nunca ni paz ni sosiego. Y á propósito, ¿qué has hecho del collar?

—Lo entregué á la persona que me prestó mil duros como garantía del pago.

—¿Y estás seguro de que no dispondrá de él?

—Disponer, no; le dije que era una joya de mi madre que yo tenia en alta estima. Unicamente si le hace falta dinero lo empeñará.

—Encárgale que no lo empeñe tampoco, pues dentro de pocos dias te daré ese dinero. He cobrado seis mil reales á cuenta de la credencial de gobernacion, que ya ayer la entregué al sugeto en cuestion, y debe traerme pronto veinte mil reales de otras dos credenciales que me entregarán hoy mismo.

—Esa cuestion de los destinos vendidos me va á comprometer, ten mucho cuidado.

—Descuida, hombre; ya lo hacemos con precaucion; los recibos casi siempre los firma la Baronesa y como estrangera no la importa nada.

—Pero el de esa credencial de Gobernacion le firmabas tú, segun me ha dicho el sugeto.

—Es verdad, porque ha sido negocio mio exclusivamente; cuando lo hacemos las dos tengo que partir con ella.

—Tengo mucho miedo, y hablando de otra cosa; ¿sabes que tenemos crisis ministerial?

—¿De veras? ¿Lo sabes por buen conducto?

—Cierto: ayer fué derrotado el gobierno en las Córtes por la cuestion de los presupuestos y hoy presenta la dimision. Anoche se dijo en el casino.

—¡Es una desgracia! ¡Si te dejarán cesante!

—Es lo probable, casi seguro, porque tiene que haber un cambio radical de política.

—En ese caso, los dos diputados que hoy vienen á almorzar con nosotros nos pueden ser de gran utilidad; yo siempre tengo ánco-ras de salvacion. Vístete, pues, en seguida, que no deben tardar, y procura hacerte muy amigo de ellos; nos interesa mas que nunca, haciéndoles creer que tenemos una posicion independiente, y grandes riquezas.

—Sí, sí, ¡farsa! ¡farsa! esa es la vida en esta babilonia de Madrid. Las apariencias y el lujo son los grandes elementos.

Felicidad salió á dar una vuelta por el comedor. La mesa estaba puesta y todo en ór-

den; pero faltaban cubiertos en el aparador.

Entró en la cocina, estaba solo el muchacho.

—¿Y Andrea?

—Aún no ha venido.

—Es extraño. ¿Y sabe V. donde ha puesto los cubiertos de plata?

—No, señora, nada me ha dicho; ella salía cuando yo entré; llevaba un paquete en la mano, y únicamente me dijo, á las doce vendrán de casa de Lhardy á servir el almuerzo.

La campanilla sonó con fuerza.

—Ahí están, quizás sean esos.

El criado fué á abrir y Felicidad muy preocupada murmuró para sus adentros.

De seguro que se ha llevado los cubiertos á empeñar por enviarles á sus padres dinero.

Inquieta ante esta idea abrió todos los cajones del aparador, los registró advirtiendo que faltaban varias piezas de la vagilla de plata.

Ah! que criados tan ladrones y que servicio tan infernal el de Madrid.

No pensaba que el salario de los criados es una cosa sagrada, y no debe faltárseles ni un solo día.

Los mozos de Lhardi estaban ya en la cocina con el almuerzo preparado cuando se oyó un segundo campanillazo que hizo estremecer á Felicidad. Saltó de su asiento como si hubiera sentido una conmocion eléctrica.

Era la Baronesa acompañada de los invitados que pasaron al salon. El matrimonio hizo los honores de la casa con la mayor finura, pero ambos estaban inquietos. La conversacion giró sobre lo deplorable del servicio doméstico; dijo Felicidad que la habian robado los cubiertos y se retrasaba el almuerzo porque era preciso ir á buscar otros.

Como el ayudante de la cocina tenia órden de abrir la puerta haciendo pasar al salon á todas las personas que se presentasen, llamaron de nuevo y entraron varias que citaremos por su órden.

El primero, un hombre alto y grueso, de maneras ordinarias, que sin saludar á nadie se dirigió á don Roman llevando en la mano el estuche del collar falso.

El segundo era un prestamista de la calle de la Cruz. El tercero un comisario de policia, con dos agentes que permanecieron á la puerta del salon.

El prestamista habló primero, dirigiéndose

á Felicidad, y como en contestacion á los comentarios que se habian hecho anteriormente, dijo:

—Los criados de V. han ido á empeñar en mi casa algunos objetos de plata, y me han dejado las papeletas de resguardo para que se las entregue á V.; pues parece que se les deben algunos meses de salario, y no han encontrado otro medio de cobrarse. ¿Es cierto, esto señora?

Felicidad no tuvo tiempo de contestar al prestamista, porque vió rudamente apostrofa-do á su marido.

El hombre alto que entró primero, habia dicho con voz de trueno á don Roman:

—Vengo del monte y el collar es falso; ¡es V. un miserable!...

El comisario de policia con los brazos cruzados presenciaba la escena, como igualmente los invitados y la Baronesa, manifestando estos el mayor disgusto.

Don Roman con el estuche abierto miraba el collar, y con el rostro encendido como la grana se dirigió á su mujer, diciéndola con voz ronca y sofocada por la vergüenza y la cólera.

—¿Es falso este collar?

Felicidad toda temblorosa cayó sollozan-

do sobre una silla sin responder palabra.

—Si es falso, ¿dónde está el collar de mi madre? gritó con rabia don Roman.

La Baronesa con la buena intencion de calmarle algun tanto, se aventuró á decir: Lo tiene empeñado en la calle de la Cruz.

El prestamista á quien la Baronesa no conocia, y que estaba muy enterado de los misterios de la casa, se adelantó á decir:

—En mi casa se empeñó, es verdad, hace mas de dos años, un collar como este; pero verdadero, de brillantes finos, y no habiéndose renovado, ni pagado los réditos, quedó de mi propiedad, y estando perfectamente en mi derecho y al abrigo de la ley lo he vendido hace un mes.

Al oir esto don Roman, loco, desatinado, fuera de sí, con los ojos chispeantes y el rostro como la púrpura, se dejó llevar de un arrebato de ira, y alzando en alto el estuche lo arrojó furioso á la cabeza de Felicidad, exclamando:

—¡Maldita seas!

Felicidad lanzó un grito agudo sintiéndose herida; la sangre inundó su rostro no bastando nada para contenerla, inundando en poco tiempo el magnífico vestido de raso cre-

ma con encages, que le habia costado cuatro mil reales.

La Baronesa y los invitados al almuerzo de aquel célebre jueves, se apresuraron á socorrerla. No habia en la casa mas criados que los de Lhardi, y acudieron en seguida.

El inspector de policia se acercó á don Roman, y sacando un pliego, le dijo:

—Tengo órden del gobernador para prender á V., y le ruego se sirva seguirme.

Este fué el golpe de gracia que acabó de anonadar á don Roman.

—¡Prenderme! exclamó tartamudeando, ¿y por qué?

—Por haber vendido credenciales de destinos á varios sugetos, firmando los recibos de las cantidades recibidas su señora de V. y otra.

La Baronesa que no perdía una palabra de este diálogo, comprendiendo que irían quizá á prenderla en su casa, se deslizó por el gabinete de Felicidad y salió á la calle sin que en medio de aquella confusion se notase su escapatoria.

La portera y varios vecinos de la casa habian acudido á los gritos, y vieron que don

Roman mas muerto que vivo era conducido á la cárcel por los agentes de seguridad pública. Cuando llegó al gobierno civil estaba *atacado de un accidente apoplético*.
